

Incertidumbre, ganas y cierto respeto a la experiencia, así comencé a preparar la maleta justo el mismo día que nos íbamos, siempre a última hora.... Con la mente puesta ya en el viaje, me monté en el autobús, dos de los participantes, sentados en asientos separados, pero con aire montañoso, me saludaron y compartieron expectativas y nervios... Era un viaje de cuatro días, pero tanto mis comentarios como los suyos me hacían pensar en un viaje más intenso, como si fuéramos a irnos para un mes o algo así y extrañamente no necesitábamos demasiadas cosas de inicio.

Al llegar a Estella y encontrarme con el resto del grupo tuve la sensación de que todo iba a ir bien, respecto a la sensación grupal, me refiero, no sentí que costara el primer contacto, las presentaciones, arrancar la primera conversación espontánea de qué había motivado a cada uno a realizar este viaje y qué esperaban, un sentimiento extraño de tranquilidad respecto al grupo, de comodidad tanto personal como profesional y de ganas de iniciar la tarea, caminar, oxigenarme, descansar (qué extraño, ahora que lo escribo, me doy cuenta de que esa semana fue realmente relajante y de desconexión del ritmo un poco vertiginoso de vida que suelo llevar, una ruptura también de tipo laboral en la que las relaciones humanas y el trabajo conjunto eran lo más importante, hacernos con el territorio, sentirlo nuestro y dejarlo bonito).

El tiempo no acompañó y tampoco el peso de nuestras mochilas, concretamente la mía pesaba un montón, pero no sé, había algo también en eso (quizás hubiera sido igual con sol y poco peso) que sentía que unía al grupo, que daba sentido a la experiencia y ayudaba a que vinieran a mi mente palabras como: intensidad, cooperación, superación personal, introspección, valoración de lo que hemos dejado en la ciudad... También supongo que más días en esas condiciones quizás hubieran precipitado algunas crisis en el grupo o en los participantes, pero tampoco estoy segura, había algo de base que me tranquilizaba en ese sentido, no sé muy bien cómo explicarlo.

Las tareas fueron gradualmente más vistosas y “agradecidas” no sentí, a pesar de que supusieran un esfuerzo grande, que fueran desproporcionadas a las competencias del grupo y me gustó sentir que preveníamos con nuestro trabajo posibles accidentes o desastres naturales e incluso que ofrecíamos a los visitantes la belleza de un espacio increíble cómo era la fuente de los mosquitos.

En los ratos de comida, alrededor del fuego, guitarreo, conversaciones variadas, la realización del tótem, ratos en solitario, viendo a los caballos... sentí algo que había colocado entre mis expectativas del viaje, aprender de los jóvenes, dar y recibir, pero en gran medida recibir... tenía ganas de contagiarme de su energía, de sus argumentos y puntos de vista sobre el instituto, los amigos, el mundo... recuperar un poco, o despertar esa parte en mí y creo que lo conseguí, de hecho en el cierre grupal, ya a la vuelta, me emocioné verdaderamente escuchando sus vivencias y relatando las mías, en todo momento sentí que a pesar de mi rol profesional, también lo había vivido como una ruptura a su vez personal y me había servido para muchas cosas, entre ellas sacar a otra “Stella” una de esas muchas que tengo, una más natural, aventurera que tenía algo escondida últimamente en el día a día de la ciudad, el trabajo y la tarea.